

LA ENSEÑANZA TEATRAL EN

LA UNIVERSIDAD DE CHILE

La Universidad de Chile, es la Institución de Educación Superior más antigua de mi país, y desde su fundación por el venezolano Andrés Bello, ha expresado que su misión fundamental es la de: generar, cultivar, transmitir e integrar a las ciencias, las humanidades, las artes, las técnicas y las demás manifestaciones de la cultura. Dicha misión se realiza a través de una acción orientada preferentemente hacia los problemas y necesidades nacionales, con el propósito de contribuir al desarrollo integral de la nación y a la formación de una ciudadanía crítica con conciencia social y responsabilidad ética.

Si analizamos el texto precedente, podemos opinar que la Universidad de Chile, por su condición de nacional, laica y estatal, está inmersa en todos los quehaceres del saber humano y su norte es la excelencia no sólo académica, sino que pretende impregnarse de los múltiples elementos que configuran la nacionalidad chilena.

En esta breve reflexión, solo trataremos de entregar una visión lo más cercana a nuestro presente y, por supuesto, a sus posibilidades en el nuevo milenio que se avecina.

Una Institución como la Universidad de Chile, es el crisol donde se forjan los mejores individuos. Eso lo proclama su Misión y lo ha tratado de efectuar en sus más de 150 años. Claro que en este andar, ha tenido momentos de esplendor, como también estados de depresión y a pesar de un pasado notable, no es sano, conveniente ni inteligente añorar ese pretérito. Al contrario, debemos estar siempre alerta a los múltiples enemigos que tratan de derribar nuestros más caros deseos de progreso.

¿Cuál es el rol que debería o debe poseer la Universidad, cualquiera que ésta sea, con relación al arte, específicamente al arte del teatro? ¿Debe ser solo sostenedora de «una» cultura amparada en la tradición, en el buen quehacer, donde impera el buen gusto, el

placer estético y aquellos «valores» que se van desarmando con el transcurrir de los tiempos? O quizá, al contrario; ¿debe estar atenta y vigilante a recibir toda innovación por peregrina que esta sea? Pienso, que ninguna de ellas puede ser tan drástica. Su universalidad radica en que para sostener su vitalidad, debe mantener su tradición y amparar los cambios que sólo se pueden realizar en base a dicha tradición. Muchos jóvenes, pueden pensar que todo el quehacer pretérito es decadente, que hay que cambiar, revolucionar, sacar a los antiguos y desgastados cuadros de profesores. Que la modernidad o post-modernidad que proclama una revolución estética, debe primar. Es natural la juventud es dinámica, desea entregar «su» aporte y dicha entrega radica en mostrar sus propias individualidades. Viven un presente, no les importa el pasado, casi lo desprecian. De aquí, muchas veces proviene esa lucha confrontacional. De ahí, también nacen los movimientos juveniles, que proclaman el derribo de las viejas instituciones o mejor entendido, de los viejos que habitan en esos respetables claustros.

Por lo tanto, la formación del actor o diseñador escénico, ya les parece obsoleta. Sólo algunos «maestros» merecen estar, pues se han ganado el puesto, por su talento, y quehacer, muchas veces fuera de las aulas universitarias.

Para los jóvenes, razón prioritaria de una Universidad, es que ésta deba ser capaz de entregar habilidades y destrezas propias de su quehacer futuro profesional. ¿Cuántos no piensan que son horas ociosas las de reflexión teórica? ¿De qué sirve, en la práctica, el quehacer a veces filosófico, de qué un cartón o diploma universitario, si dicho diploma no se muestra ni, aparentemente sirve para obtener un rol en la teleserie o en una compañía de prestigio? ¿No es más saludable formar un grupo independiente, donde se puede proclamar la rebeldía a lo ya estatuido?

La formación del actor, del escenógrafo, del director, parece, según algunos, que depende de la practicidad diaria, de la búsqueda que se produce en el ensayo y el sudor corporal es signo de descubrimiento.

De esos sudores puede, muchas veces, salir la novedad creativa, la innovación marcadora. ¿Cuántas veces no se prefiere ser autodidacta? ¿Cuántos actores no lo son? ¿Para qué estudiar en la Universidad, si ahora casi basta un rostro hermoso y un talento natural, no perjudicado por discursos altisonantes que se esconden en una mediocridad académica?

Hay tantas preguntas que se hacen los jóvenes y similares respuestas de los pedagogos.

Sabemos que en Chile, toda la educación superior es pagada. Toda. ¿Cómo, acaso la Universidad de Chile no es estatal y nacional? Por supuesto, pero no hay que olvidar que somos hijos del rigor de la dictadura, que sirvió de modelo a otros países latinoamericanos. En cierto momento, nos autoengañamos al considerarnos los «tigres» del continente, fuimos los exportadores, no sólo del mejor vino, sino del sistema previsional y adalides del libre mercado. Y de la mano dura, que muchos aún desean.

Esa mano dura que nos jibarizó, que no nos permitió pensar, donde Brecht era un peligro marxista y pienso que no se prohibió a Stanislasky porque las autoridades castrenses creyeron que era del Imperio austro-húngaro.

El destacado autor chileno Marco Antonio de la Parra, opina: «Estamos en los tiempos de la época publicitaria. De un integrismo soft. Y en esto hay dos palabras que han desaparecido: el deber y el sacrificio. Ellas, tenían que ver con la solidaridad y el compromiso. Hoy, la reacción ante los gestos culturales se asocia al éxito y no a la calidad. Se considera a los más vendidos, a los más famosos. Nos hemos transformado en un país de engreídos.

Este año nuestra escuela de Teatro cumple 50 de enseñanza escénica. Mucho para un país joven.

Lo que nos preocupa a los que formamos el cuerpo universitario estable, es el de caer en la sugestión engañosa de la autocomplacencia.

Muchos pensarán que los que nos mantenemos en las categorías académicas, somos unos soberbios, que dicha categoría y prestigio, ganados a veces, en plena justicia, nos permiten cerrar ojos y oídos al entorno, que nuestros fundamentos son los únicos válidos y que, por lo tanto, las innovaciones que exigen los estudiantes, son sólo una protesta sin base sólida ¿No se cree que los estudiantes son sólo aves de paso, que no configuran una tradición propiamente universitaria? Ante esa conducta estática, la Universidad siempre estará alerta, no en una actitud complaciente hacia el mundo estudiantil, sino como su propia razón de existencia. Por ser un reflejo de la sociedad y tener la capacidad de visualizar sus necesidades, está siempre atenta a los posibles cambios. Más, hay que clarificar que dichos cambios, deben obedecer a vitales necesidades para el país. No se puede permitir que el Alma Mater desaparezca ante el llamado clamoroso de la profesionalización. La Universidad no puede ser una manufactura de solo buenos profesionales, de aquellos que brillan en el mundo laboral, que obtienen dinero y fama.

Sin embargo, los que laboramos en una Escuela Teatral, a veces nos comportamos en un doble estándar. ¿Cómo así? En ciertos momentos nos inflamamos de orgullo porque nuestros egresados brillan con luz propia en el medio televisivo, e hinchamos el pecho, porque algunos de ellos aparecen en las portadas de las revistas, son reconocidos en las calles, agolpan multitudes de adolescentes y amas de casa y hasta sirven para promocionar el champú o el detergente para lavar ollas.

Esos logros banales no nos pueden enorgullecer, al contrario, nos deben avergonzar,

pues fallamos en su educación ética. No es aceptable ese doble discurso: por un lado, tratamos de formar artistas y nuestros esfuerzos solo configuran a comerciantes, a estrellas de poco brillo que se escudan en el discurso que cualquier medio es honorable, ya que, según ellos, lo hacen con profesionalismo. Ellos, son los peores ejemplos, del pretendido rigor que debemos entregarles.

Pienso que fallamos, pues en estos casos, la Escuela solo sirvió como instrumento para entregar técnicas y habilidades, más propias de una academia mercantil que de una institución universitaria.

Asimismo, fallamos, al engañar a los alumnos, que repletos de entusiasmo ingresan a nuestras aulas, pues les aseguramos irresponsablemente, una vida gloriosa en el medio profesional, en el cual, todos, interpretarán los grandes y dificultosos roles de los también gran dramaturgos, como si todos tuvieran el mismo talento y las mismas posibilidades en la selva profesional. No se nos ocurre, que muchos podrían ser felices en otras puertas que deberíamos abrirles, para desarrollarse y cumplir diferentes misiones necesarias para el desarrollo del arte teatral.

La Universidad, su gente, es un conglomerado heterogéneo, en donde la ciencia, rara vez se topa con el arte. Las humanidades, a pesar de muchos esfuerzos, se enclaustra en su propio quehacer y viceversa. Un estudiante de Ingeniería ya sea civil o hidráulica, por nombrar dos especialidades, no se conecta con el teatro, o las artes en general. Y los artistas, o en este caso, los estudiantes de teatro, permanecen rígidos en su propio quehacer. ¿De qué manera se trata de revertir esta situación? Sería torpe pensar y hasta sin sentido que las nuevas propuestas de cambio, en la que está empeñada la Universidad de Chile, pretenda configurar hombres renacentistas, que dominan todas las artes y las ciencias. Naturalmente, que no corresponde. Pero sí, que el que ingresa a sus aulas, salga cambiado, transformado y

sea no solo un artesano, sino un artista que tiene el mundo externo para hacerlo cambiar. Sin embargo, ese objetivo se encuentra con terribles barreras de contención.

Una de ellas, son los mismos estudiantes, que vulgarizan los intentos, muchas veces serios de sus académicos; ¿cuántos no ingresan sin vocación, con el único objetivo de aspirar a un mediocre papel en la televisión, sin la fe necesaria y el aguante para enfrentarse a períodos casi de hambruna, que sólo esa llama vocacional los puede sustentar?

La Universidad, tiene la misión de entregarle al país, no sólo profesionales, sino los «mejores» profesionales. Por lo tanto, artistas pensantes y que van a posibilitar la mejoría de la sociedad. Ya sabemos que el teatro casi ha perdido su batalla. Quizá en otras épocas sirvió a este noble propósito, pero si ya nos declaramos derrotados, el arte escénico pasará de su estado agónico a la muerte definitiva.

Otra barrera a la cual se ve enfrentada la Universidad de Chile, es la falta de una política estatal a nivel superior, ya que en nuestro sistema neoliberal y de la libre competencia, impera el autofinanciamiento. Así, ¿qué se puede esperar? Uno, luchar denodadamente con el mercado, en donde se pierde la misión de la Universidad, en donde el arte y las humanidades llevan las de perder, porque no tienen retorno económico, creyendo que sólo el dinero es acreditable. No vale el gran aporte espiritual - artístico. Por lo tanto, hay que ser magníficos estrategas mercantiles.

Por lo tanto, hay que hacer obras «exitosas», de gran masividad. ¿Dónde queda el campo experimental, necesario para el avance? Hay que salir al encuentro de la Coca Cola, o de los grandes trust económicos, que se dignen a avalar un proyecto. Pero, ¿a la Coca Cola, le interesará ser mecenas de espectáculos incomprensibles o demasiado «modernos»?.

Otro camino y es el que pienso más lógico, es enfrentarse al mercado, al consumismo banal y obnubilante, recordando que la Universidad de Chile, mantiene dentro de sus propósitos culturales el apoyo a la experimentación escénica, a la enseñanza de Pre y Postgrado, de donde egresarán los cuadros de cambio y los que pueden mostrar otros caminos, otras alternativas, que reflejen el mundo nacional y sus posibles perspectivas de mejoras sociales.

Aunque parezca un contrasentido, el libre mercado tiene una ventaja. Nos permite revitalizar el estatismo que también es muy nocivo a las instituciones de enseñanza superior. ¿Cómo? Permitiendo eliminar a maestros anquilosados, a aquellos que se perpetúan en un contrato de por vida, rechazados por los alumnos y sus propios colegas. De esta manera, se pueden renovar cuadros y permitir los aires vitales para el desarrollo de la enseñanza. Una institución que se engolosina en los viejos de espíritu, está destinada a ser un estamento muerto. Ellos no se pueden escudar en su pretendida experiencia, que muchas veces, invalida el crecimiento y sólo es una añoranza de otros tiempos, que quizá no fueron tan brillantes como ellos proclaman. Su partida permitirá que los nuevos ingresen con el entusiasmo y el vigor tan necesarios para aliviar esta agonía sin sentido.

¿Cómo se puede lograr una Universidad viva? ¿Cuál es la diferencia fundamental con otros organismos, muchas veces particulares que, sin pretenderlo, le quita estudiantes valiosos a Instituciones universitarias?

A veces, basta sólo un maestro prestigioso para producir el éxodo. Entonces, habrá que captar a ese maestro notable para que ingrese a nuestras aulas y sea miembro vital, pues su aporte será fundamental.

Por eso, la excelencia que existe en el exterior, debe ser asumida por la Universidad, no ser enemiga de ella.

Se debe ofrecer una docencia activa y participativa que privilegie el aprender a pensar y relacionar, por sobre la acumulación de conocimientos mediante una interacción programática transversal a lo largo de todo el proceso de formación universitaria, introduciendo en forma sostenida principios éticos y valóricos y que ayuden las problemáticas sociales y culturales propios del país.

Hay evidencias que demuestran que el problema necesita de incentivos, a través de políticas públicas y del compromiso de los académicos, para emprender los cambios tendientes a superar estas dificultades.

Es preciso realizar un esfuerzo sistemático para llevar adelante un cambio integral, con miras a evitar la atomización del trabajo académico, y producir innovaciones sustanciales que estén acordes con los cambios que ocurren en el entorno productivo y social.

Pienso que hay mucho que renovar, mucho el que hacer, pero es imperativo mantener un marcado liderazgo para impulsar dichas reformas con éxito.

Si autoridades, académicos y alumnos sienten como propio este desafío, estamos ciertos que lo lograremos, pero antes que nada, debemos sentirnos orgullosos de pertenecer a la Universidad y mediante un análisis crítico y un empeño sostenido obtener lo que ansiamos: lo mejor para nosotros, para el arte y por conclusión para el país.

JOSE PINEDA DEVIA

Director

Departamento de Teatro

